

Las fabulaciones de Jehová

RICARDO HERREN

Los patriarcas bíblicos como Abraham, Noé o Jacob nunca existieron; los israelitas no estuvieron esclavizados en Egipto; jamás deambularon por el desierto; nunca realizaron la conquista militar de la tierra de Canaán y el rico y poderoso “reino unificado” de David y Salomón fue, a lo sumo, un pequeño cacicazgo marginal. Éstas son las conclusiones que los últimos decenios de excavaciones arqueológicas e investigaciones históricas independientes han puesto al descubierto. Si Jehová es el autor e inspirador de la Biblia como creen judíos y cristianos, entonces jugaba a contar mentiras.

El arzobispo anglicano y primado de Irlanda, James Ussher, tras realizar un minucioso estudio de las cronologías de la Biblia en 1650 precisó que el Universo había sido creado por Dios el 22 de octubre de 4004 a.C. por la tarde, es decir, hacía entonces 5.654 años (6.006 en 2002).



Noé en su arca, pintura paleocristiana ubicada en las catacumbas de San Marcelino y San Pedro, en Roma.

Hoy sabemos que Su Ilustrísima se equivocó en unos 14.000 millones de años. Pero en su tiempo el trabajo del arzobispo Ussher fue estimado como una valiosa aportación al conocimiento del libro sagrado de judíos y cristianos, así como también un dato fundamental para poder conocer la historia del mundo. La cronología del arzobispo recibió amplia aceptación en Occidente hasta bien entrado el siglo XIX.

A lo largo de varios milenios, para los hebreos primero y luego para todo el orbe cristiano, el texto bíblico constituyó el más fidedigno documento histórico del pasado de la humanidad, donde se narraba lo ocurrido desde la Creación *ex nihilo* del Universo por el Dios de los judíos y posteriormente, el origen del hombre, creado “a imagen y semejanza” de su Creador seguido de la posterior aventura de los seres humanos centrada en la historia del pueblo hebreo, el “elegido de Dios”.

La Biblia en su conjunto se presenta, en buena parte, como una obra de narración histórica verídica o al menos verosímil con cronologías puntuales, reinados, referencias geográficas precisas, relatos de grandes migraciones, batallas, conquistas, nombres propios de personajes relevantes y marginales, etc., además de los avatares privados de numerosos individuos.

Las historias de la pareja primigenia, Adán y Eva, de sus descendientes Abel y Caín, Matusalén y su nieto Noé, protagonista del Diluvio Universal, la frustración de la torre de Babel y, por fin, el largo peregrinaje de Abram (Abraham se llamará sólo más tarde), el gran patriarca de las religiones judía, cristianas e islámica hasta Canaán, fueron asumidos como jalones ciertos de la historia del hombre sobre la Tierra.

Que Matusalén viviera hasta los 969 años, por ejemplo, y que engendrara a su hijo cuando tenía 187 —entre otras muchas rarezas— no quitaba verosimilitud a los textos del Génesis.

A lo largo de varios milenios, para los hebreos primero y luego para todo el orbe cristiano, el texto bíblico constituyó el más fidedigno documento histórico del pasado de la humanidad.

Fueron tomados por básicamente ciertos el período de la “esclavitud” de los judíos en Egipto, su liberación liderada por Moisés y, después de cuarenta años de vagar por el desierto, la conquista sangrienta de Canaán por un feroz ejército israelita al mando de Josué, tras la donación que Jehová les hizo de esa tierra “que mana leche y miel”. Todas estas narraciones marcaron y explicaron el nacimiento de Judá-Israel y el inicio del desarrollo de la identidad judía.

Pero el último siglo de intensas investigaciones arqueológicas en la región, sumadas a los estudios históricos y de crítica textual han dado al final una versión muy distinta de los hechos: “Los actos de los patriarcas son pura leyenda, los israelitas nunca estuvieron en Egipto, no vagaron por el desierto, no conquistaron la tierra en una campaña militar y no la legaron a las doce tribus de Israel”, afirma enfáticamente el prestigioso arqueólogo israelí de la Universidad de Tel Aviv, Ze’ev Herzog. “Aunque lo más difícil de tragar —añade— sea el hecho de que ‘la monarquía unida’ de David y Salomón, descrita en la Biblia como un poder regional fue, a lo sumo, un cacicazgo”.

IR POR LANA...

Paradójicamente, las excavaciones arqueológicas en Palestina fueron impulsadas por cristianos y judíos militantes que querían demostrar con pruebas materiales la veracidad de los relatos bíblicos, amenazada por las teorías científicas sobre el origen del Universo, la evolución de las especies y los hallazgos de la crítica literaria de la Biblia a fines del siglo XIX.

Su método era muy cuestionable desde el punto de vista científico: partían de su convicción de que todo en la Biblia era sustancialmente cierto, de manera que trataban de hacer encajar los hallazgos arqueológicos con las narraciones del Antiguo Testamento. Liderados por el norteamericano William F. Albright y el rabino Nelson Glueck, esta rama de la arqueología, la arqueología bíblica, se dedicó sobre todo a excavar ruinas de grandes ciudades y a estudiar la cultura hebrea desgajada de la de otros pueblos de la región. Pese a los esfuerzos de estos investigadores, pronto empezaron a surgir contradicciones entre los relatos bíblicos y los hallazgos materiales.

En los años setenta del pasado siglo XX apareció una nueva generación de arqueólogos, que con una metodología opuesta empezaron a socavar la construcción albrightiana sobre la historicidad de los patriarcas: partieron de los datos científicos, es decir, de los resultados de las excavaciones realizadas con métodos más mo-

Los profetas y escribas que compusieron los textos bíblicos eran mejores teólogos, literatos y propagandistas que historiadores.

deros, de las correlaciones históricas con otros pueblos de la región, de las críticas literarias y sólo entonces fueron a mirar y a cotejar lo que decía la Biblia.

De ahí en adelante, se desarrolló toda una oleada de nuevas investigaciones de mayor rigor científico a la que Herzog llama “una revolución arqueológica”. Sus conclusiones se resisten todavía a ser aceptadas por la conciencia pública, “pero no pueden ser ignoradas”. Los profetas y escribas que compusieron los textos bíblicos eran mejores teólogos, literatos y propagandistas que historiadores.

CUÁNTOS Y CUÁNDO

Una de las primeras dificultades y a la vez contradicciones del relato bíblico inicial es en qué época se produjeron los hechos narrados, esa cuestión que el arzobispo anglicano creía haber resuelto. Según la cronología del texto sagrado, Salomón erigió el Templo 480 años después del Éxodo de Egipto. En la cuenta atrás hay que sumar unos 439 años de estancia en el país del Nilo y las vidas extraordinariamente largas de los patriarcas, con todo lo cual Abram/Abraham habría emigrado de “Ur de los Caldeos” a Canaán en el siglo XXI a.C. (antes de la Era Común).

Pero la arqueología no ha encontrado ninguna evidencia que pudiera sustentar tal afirmación ni en el XXI ni en los siglos sucesivos. Benjamín Mazar, uno de los arqueólogos que defienden todavía la historicidad (parcial) de la Biblia, ha propuesto trasladar la época de la migración de Abraham un milenio más tarde, al siglo XI, pero eso la situaría en la época en que los israelitas se instalaron en la Tierra Prometida. Los intentos del dominico Roland de Vaux de situar las narrativas de los patriarcas entre los años 2000 y 1500 a.C. tampoco mejoraron las cosas.

El Génesis contiene no pocos anacronismos que, además, chocan con sus propias cronologías, lo que sugiere que fueron escritos en épocas muy posteriores. Se afirma que Abram/Abraham era originario de “Ur de los caldeos”, pero los caldeos (como llamaban los hebreos a los neobabilónicos) no aparecen en la Historia antes del siglo VIII a.C., más de un milenio después de las fechas bíblicas.

Isaac, hijo de Abraham se encuentra con “Abimelech, rey de los Filisteos” en la ciudad de Gerar (Gen 26:1) a la que consideran implícitamente una gran urbe.



ARCHIVO

Jonás, surgiendo de las fauces del monstruo marino, pintura paleocristiana hallada en las catacumbas de San Marcelino y San Pedro, en Roma.

Los filisteos no emigraron a Canaán antes de 1200 a.C., alrededor de un milenio después de los años en que vivió Isaac, según la Biblia. Las excavaciones en las ruinas de la “ciudad” de Gerar muestran que en el siglo XIII y XII a.C. era todavía una aldea minúscula.

Las historias de los patriarcas van asociadas con el uso de camellos en gran escala tanto para usos tanto civiles como militares, lo que también es anacrónico. “En ninguna de las fuentes arqueológicas del Cercano Oriente los camellos son mencionados en esta época ya que fueron domesticados en un proceso largo y gradual que llevó cientos de años”, explica Nadav Na’aman, profesor de Historia Judía en la Universidad de Tel Aviv. No se encuentran abundantes huesos de camellos hasta los estratos correspondientes al siglo VII a.C., añade el catedrático. Por lo que el autor que escribió estas referencias muchos siglos después de los supuestos hechos narrados reflejaba la situación de su propia época y no la de los protagonistas de sus historias.

Éstos son apenas algunos ejemplos de las contradicciones entre las evidencias arqueológicas y las narraciones bíblicas que han llevado a buena parte de los expertos a admitir que la etapa de los Patriarcas perte-

Según Philip Davies, en la última gran conferencia académica de la Northwestern University en Chicago sobre *Los Orígenes del Pueblo Judío* ya no hubo ni un solo ponente que defendiera la historicidad de las narraciones de los patriarcas en el Génesis.

nece al mundo de las tradiciones o leyendas en las que puede haber nada o muy poco de historia. Incluso muchos de los relatos del Génesis como el del Diluvio Uni-

versal y Noé están copiados de tradiciones mesopotámicas, mucho más antiguas, que los hebreos probablemente conocieron durante su exilio en Babilonia; el lenguaje de la Creación al comienzo del Génesis está inspirado por mitos similares de Babilonia.

Dice Philip Davies, profesor de Estudios Bíblicos de la Universidad británica de Sheffield: “En la última gran conferencia académica de la *Northwestern University* en Chicago sobre *Los Orígenes del Pueblo Judío* ya no hubo ni un solo ponente que defendiera la historicidad de las narraciones de los patriarcas en el Génesis”, pese a que allí estaba reunido lo más granado de los especialistas en Historia Bíblica de distintas escuelas e interpretaciones.

AQUÍ NO ESTUVO ISRAEL

A lo largo de milenios en la Edad Antigua, Egipto fue una tierra de refugio de los nómadas o desplazados del Medio Oriente. La razón principal es que éstos estaban sometidos a los cambiantes regímenes de lluvias para recoger sus cosechas o alimentar sus rebaños, mientras que las crecidas puntuales del Nilo y sus fértiles orillas aseguraban a los egipcios una agricultura sin demasiados contratiempos todos los años.

Jacob con sus hijos, en el relato bíblico, van a comprar trigo a Egipto en un año de estrecheces en Canaán y allí encuentran encumbrado a su hijo José a quien sus hermanos habían vendido como esclavo a unos mercaderes. La historia es conocida y marca el comienzo de un período de más de cuatro siglos durante el cual los israelitas permanecen en Egipto, según el Génesis. Finalmente el caudillo hebreo Moisés huye con su pueblo, y atraviesa milagrosamente el Mar Rojo, cuyas aguas se abren a su paso y se cierra cuando el ejército egipcio que los persigue intenta atravesarlo con el faraón a la cabeza. Luego, durante cuarenta años, vagan por el desierto. Allí Moisés recibirá en lo alto del monte Sinaí las Tablas de la Ley que sellan la Alianza entre Yavé e Israel, su pueblo elegido, inicio del culto monoteísta entre los judíos.

Pero los egipcios, minuciosos cronistas de los hechos trascendentes de su historia, no mencionan en absoluto esta prolongada presencia de los israelitas en su país, ni ninguno de los hechos extraordinarios narrados en la Biblia como las plagas, la matanza de los primogénitos, la fuga de cientos de miles de personas o

La única mención de Israel que se encuentra en los anales egipcios de la época es una estela erigida por el faraón Merneptá en el quinto año de su reinado (1209 a.C.) en la que canta las glorias de sus victorias contra los libios y los cananeos: “Canaán ha sido limpiada de enemigos”, afirma en la parte pertinente.

el aniquilamiento del ejército egipcio, tragado por las aguas. Todos los faraones que reinaron en la época se encuentran momificados y enterrados en sus tumbas (o en los museos) y no en el fondo del mar. Y lo que es más llamativo: la ignorancia es mutua, porque los cronistas bíblicos no mencionan siquiera el nombre del faraón con quien Moisés intenta negociar el Éxodo de su pueblo, un encuentro cara a cara, por cierto, hartamente improbable dado el carácter sagrado de los monarcas egipcios y su distanciamiento total de sus súbditos, los simples mortales.

Los intentos de encontrar alguna huella arqueológica de los 40 años de vagabundeo en los sitios mencionados en el relato bíblico, tampoco han arrojado ni la más pequeña evidencia de la presencia de muchos centenares de miles de personas habitando durante largos años en campamentos. Ni siquiera el monte Sinaí donde Moisés recibió el Decálogo ha sido localizado con certeza.

Incluso William G. Dever, ferviente defensor de la historicidad de la Biblia, reconoce que el monoteísmo de Israel no comenzó en el desierto como dice el Éxodo, sino algunos siglos más tarde. “No tenemos evidencias arqueológicas claras de religión y cultos israelitas antes de la monarquía en los siglos X y IX a.C. La ausencia de datos más visibles sugiere un culto extremadamente simple, sin iconos, no institucionalizado, probablemente basado en la familia y todavía en la tradición de las religiones de la fertilidad más antiguas de Canaán”, dice este profesor de Arqueología y Antropología del Cercano Oriente en la Universidad de Arizona, recientemente convertido al judaísmo.

“Los israelitas nunca vivieron en Egipto”, subraya Niels Peter Lemche, profesor de estudios del Viejo Testamento en el Departamento de Estudios Bíblicos de la Universidad de Copenhague. “Los autores de las narraciones bíblicas deben de haber tomado la historia de los recuerdos de algún grupo pequeño de personas que alguna vez estuvieron en Egipto y, eventualmente, este grupo podría haber pasado a formar parte de la herencia nacional de los hebreos”, especula.

“Los israelitas nunca vivieron en Egipto”, subraya Niels Peter Lemche, profesor de estudios del Viejo Testamento en el Departamento de Estudios Bíblicos de la Universidad de Copenhague. “Los autores de las narraciones bíblicas deben de haber tomado la historia de los recuerdos de algún grupo pequeño de personas que alguna vez estuvieron en Egipto y, eventualmente, este grupo podría haber pasado a formar parte de la herencia nacional de los hebreos”, especula.

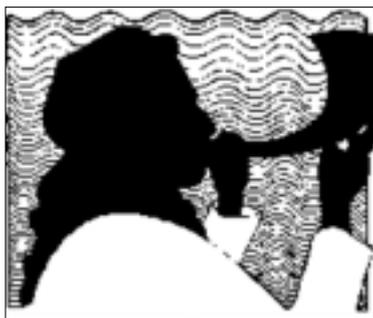
La única mención de Israel que se encuentra en los anales egipcios de la época es una estela erigida por el faraón Merneptá en el quinto año de su reinado (1209 a.C.) en la que canta las glorias de sus victorias contra los libios y los cananeos: “Canaán ha sido limpiada de enemigos”, afirma en la parte pertinente. “Ashkelon ha sido tomada, Gezer ha sido capturada, Yenoam ya no existe, Israel está devastado, sin descendencia posible”. La significación exacta de esta aislada mención sigue

siendo materia de discusión entre los especialistas.

Lo cierto es que por el modo en que está escrita la frase en la lengua original debe entenderse que Israel es un pueblo nómada y no un topónimo como los otros nombres cananeos mencionados. Pero es imposible conocer a quiénes se refieren los egipcios exactamente. “Nada sabemos de un grupo humano llamado ‘Israel’ 200 años antes de la fundación de la monarquía y el comienzo de la protohistoria de Israel”, dice Na’aman. De hecho, “el texto egipcio está abierto a numerosas interpretaciones, ninguna de las cuales puede ser verificada con ningún grado de certidumbre”, agrega. El nombre de Israel no aparece en la extensa colección de correspondencia entre el faraón y los reyes y reyezuelos de Canaán y Siria, conocida como las cartas de Al Amarna (1348-1332 a.C.) un siglo antes de la estela de Merneptá.



Antiguas murallas de Jericó. Mucho más antiguas que lo que permite la cronología bíblica del arzobispo Ussher, la torre de piedra semicircular que se observa, de unos 9 metros de altura, se remonta al neolítico precerámico, hace más de 9.000 años (desde el presente) y fue descubierta en el año 1956 por la arqueóloga K. Kenyon.



¿A SANGRE Y FUEGO?

En la Biblia, tras cuatro decenios de vagar por el desierto, los israelitas llegan a Transjordania y se disponen a atravesar el río Jordán para iniciar la conquista de Canaán al mando del líder que reemplaza a Moisés: Josué.

Yavé le confirma que les da “todo lugar que sea hollado por la planta de vuestros pies”, “desde el desierto y el Líbano hasta el río Grande, el Éufrates (toda la tierra de los hititas) y hasta el mar”. Pero tendrán que conquistarla a sangre y fuego y perpetrar el genocidio de todos sus habitantes.

Cuarenta mil hombres de guerra, los sacerdotes y el resto del pueblo atraviesan el río Jordán que detiene el curso de sus aguas por orden de Yavé para que los judíos pasen por el cauce seco. El primer objetivo es Jericó, una antiquísima ciudad erigida en un oasis. Al sonido de las trompetas de los sacerdotes hebreos sus murallas caen y los israelitas toman la ciudad, degüellan a casi todos sus habitantes y a sus ganados, se apoderan de sus riquezas en oro para el altar de Yavé y la incendian.

Luego vendrá la vecina ciudad de Ay que sigue una suerte parecida. Así sucesivamente los ejércitos victoriosos de los hebreos conquistan el norte y el sur de Canaán, matan a todos sus habitantes y reparten las ciudades entre las tribus. Hasta 31 reyes de ciudades-estado fueron derrotados por las fuerzas israelitas, según la narración del Antiguo Testamento.

La realidad que delatan las investigaciones arqueológicas,

dice Herzog.

Todas las ciudades exploradas arqueológicamente estaban muy lejos de las exageradas descripciones de la Biblia según las cuales eran grandes centros urbanos con murallas y edificios que llegaban al cielo. “Se trataba de asentamientos no fortificados que en el mejor de los casos consistían en unas pocas estructuras o en el palacio del gobernante, más que en una verdadera ciudad”, añade el arqueólogo israelí. “La cultura urbana de Palestina se desintegró en un largo proceso que duró siglos y no fue consecuencia de una conquista militar”.

Más aún: la descripción de la Biblia ignora algunos aspectos fundamentales como que Canaán en esos tiempos estaba ocupada militarmente por Egipto, poder al que el relato del libro sagrado no menciona en ningún momento. “Hasta mediados del siglo siguiente, el XII, Egipto mantuvo el dominio con centros administrativos situados en Gaza, Yafo y Beit Shean. Se han descubiertos restos de la presencia egipcia incluso en ambas orillas del Jordán”, señala Herzog, hasta que a fines del siglo XII el ejército de los faraones se retiró definitivamente de Canaán.

“Resulta evidente que la mayoría de las narraciones de conquistas carecen de fundamentación histórica”, subraya Na’aman. “A fin de darle verosimilitud a su historia, el autor copió las grandes líneas del relato de otros acontecimientos concretos tomados de la historia de Israel”, que han sido identificados por los estudiosos e inventariados por Na’aman en su obra *The “Conquest of Canaan” in the Book of Joshua and in History* (Jerusalén, 1994).

La descripción de la Biblia ignora algunos aspectos fundamentales como que Canaán hasta mediados del siglo XII estaba ocupada militarmente por Egipto, poder al que el relato del libro sagrado no menciona en ningún momento.

lógicas, empero, exhibe un panorama bien diferente. En la última parte del siglo XIII a.C. cuando según la Biblia se produjo la conquista de Canaán muchas ciudades como Jericó o Ay no sólo no tenían murallas sino que no existían como centros poblados, de modo que mal podían ser conquistadas.

“A medida que más y más ciudades fueron desenterradas y quedó en evidencia que esos centros poblados murieron o simplemente fueron abandonados y se despoblaron en distintas épocas, la conclusión fue inevitable: no existen bases fácticas que respalden la ver-

EL MESTIZAJE CANANEO

Si los hebreos no provinieron de Egipto, ni conquistaron la tierra de Canaán, ¿cómo se formó el pueblo de Israel o, al menos, la identidad judía?

Hacia 1250 a.C. se desencadena en Micenas, al sur de Grecia la llamada hambruna mi-

cénica que se irá extendiendo a Anatolia y a todo el Cercano Oriente. Hay sobradas pruebas de que se registra un severo cambio climático que trae persistentes sequías que durarán hasta mediados del siglo XI a.C.

El hambre provoca el abandono de pueblos y ciudades y el desplazamiento de grandes masas humanas, parte de las cuales, forzadas a sobrevivir, forman partidas de bandidos o grupos de soldados de fortuna. A los desplazados de la región se suman otros como los llamados Pueblos del Mar, a parte de los cuales la Biblia identifica como los filisteos. Las culturas urbanas de Canaán-

Siria y Anatolia entran en colapso y muchas son aniquiladas por los errantes fuera de ley. En el siglo XII a.C. todos los reinos de la región, a excepción de Carchemish y Melid, son saqueados, destruidos y ya no se recuperan.

A comienzos de esa centuria los Pueblos del Mar provocan la caída de uno de los grandes imperios de la región, el Hitita, situado en lo que hoy es Turquía. Oleadas sucesivas de hititas y pueblos vecinos llegan a Canaán desde el norte y se suman a los grupos nómadas o nomadizados por las carestías y el arrasamiento de la cultura urbana. Algunos intentan penetrar en Egipto a la busca de alimentos.

Poco a poco estos grupos heterogéneos en cuanto a origen se van asentando, fundan o refundan poblaciones y se mezclan con los cananeos nativos. La tradición bíblica conserva el recuerdo de este mestizaje, en una versión que la arqueología confirma como mucho más verosímil que la de la conquista militar de Canaán y el aniquilamiento de la población nativa: “Y los israelitas habitaron en medio de los cananeos, hititas, amorreos, perizitas, jivitas y jebuseos; se casaron con sus hijas, dieron sus propias hijas a los hijos de aquellos y adoraron a sus dioses” (Jueces, 3:5-6).

“Sólo dos de estas siete naciones pre-israelitas representan a la población autóctona del país; los cananeos y los amorreos. El resto lleva nombres de grupos escindidos de otros mayores que emigraron a Canaán en el siglo XII y se asentaron allí junto a grupos semíticos occidentales (los llamados ‘israelitas’)", explica Na'aman.

A partir de estas circunstancias, “los diferentes grupos cristalizaron en un largo y gradual proceso. Las afiliaciones étnicas y las identidades nacionales emergieron en una fase posterior del proceso, con el surgimiento de nuevos marcos políticos”, dice Israel Finkelstein, director del Departamento de Arqueología de la Universidad de Tel Aviv y una de las figuras más prominentes de la investigación arqueológica actual en Oriente Medio. “Israel no existió hasta el siglo XI a.C.”, añade, cuando a ambos lados del Jordán se fundaron también nuevas monarquías (Moab, Amón, Filistia).

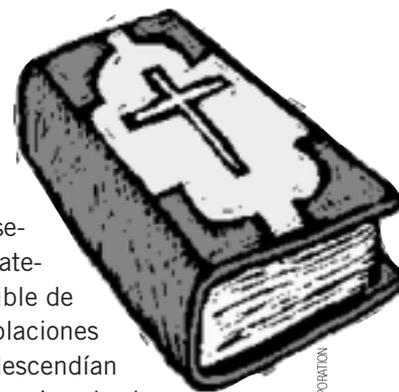
“Es, por tanto, evidente que la emergencia de Israel no fue un episodio único, metahistórico en la historia del pueblo elegido, sino más bien parte de un proceso mucho más amplio que tuvo lugar en el Antiguo Medio Oriente, un proceso que llevó a la destrucción del *ancien régime* y el surgimiento de un nuevo orden de estados territoriales y nacionales”, subraya Finkelstein.

“Los judíos no vinieron de fuera de Canaán, según afirma la Biblia: ni desde Egipto ni desde ninguna otra

parte. Como lo demuestran los hallazgos de las poblaciones excavadas, fueron cananeos aborígenes”, señala Davies. “Su cultura material es generalmente imposible de distinguir de la de otras poblaciones vecinas. Estas gentes no descendían de un antecesor común que vino desde fuera, no escaparon desde Egipto ni entraron en la tierra con una religión que recibieron durante un vagabundeo por el desierto. No exterminaron a los habitantes locales, ni siquiera lo intentaron. Se establecieron, por la razón que fuere, en las tierras altas centrales de Palestina. La proximidad entre sí de estas aldeas, la formación progresiva de vínculos familiares, la necesidad de cooperación y el estilo de vida no urbano muy probablemente impulsaron un sentimiento de identidad étnica. No tengo idea de si esta gente se llamaba ya ‘Israel’. Si fuera así, sin duda, es un Israel que nosotros no reconoceríamos en el Pentateuco”, explica Davies.

Lo curioso es que un pueblo que reclama derechos legítimos sobre una tierra disputada se identifique a sí mismo como foráneo, cuando lo más lógico sería proclamar y mitificar una presencia inmemorial en el territorio para respaldar sus derechos.

La respuesta a esta peculiaridad de los israelitas es que probablemente deseaban diferenciarse claramente de los otros cananeos a quienes la clase sacerdotal, que compuso los mitos probablemente en el siglo VI a.C., despreciaba por el politeísmo común a todos los pueblos de Canaán al que también eran muy proclives los israelitas.



© 2002 MICROSOFT CORPORATION

“Los judíos no vinieron de fuera de Canaán, según afirma la Biblia: ni desde Egipto ni desde ninguna otra parte. Como lo demuestran los hallazgos de las poblaciones excavadas, fueron cananeos aborígenes”, señala Davies.

¿MONARQUIA UNIDA O CACICAZGO?

Para los narradores bíblicos la etapa de esplendor del pueblo de Israel no tardó en llegar, tras la “conquista”. La división inicial entre el reino del norte, Israel con capital en Samaria y el del Sur, con sede en Jerusalén terminó dando nacimiento al período de mayor esplendor de los hebreos: la Monarquía Unida bajo David y Salomón, creadores de un gran imperio-puente entre el Nilo y el Éufrates. Esto habría ocurrido en los últimos años



David y Goliat, óleo de Edgar Degas ubicado actualmente en el Museo Fitzwilliam, en Cambridge (Reino Unido).

lidades descritas en la Biblia en la Palestina del siglo X a.C. Uno no puede hablar históricamente de un estado sin una población, ni puede hablar de una capital sin una ciudad. Las historias solas no son suficientes”.

A Thompson le sorprende, igual que a cualquiera, que haya existido un “imperio” rodeado de vecinos y vasallos y que ninguno de ellos hiciera la más mínima referencia a él en testimonios duraderos. Un supuesto “imperio” que hasta carecía de nombre propio porque nadie, en la Biblia o fuera de ella, dice cómo se llamaba. O un emperador, Salomón, que se casa con la hija de un faraón (otra vez de nombre desconocido para los autores de la Biblia) y no queda en Egipto registro alguno del hecho. Y un “imperio” con una capital, Jerusalén, que en el siglo X a.C. era sólo una pequeña y aislada aldea que servía de mercado a los cultivadores de olivos y que no crecerá hasta después de la caída de Samaria en 722 (su rival del Norte) y de Lakish en 701 (su rival del Oeste), como pusieron en evidencia las excavaciones en el Monte Ofel jerosolimitano llevadas a cabo por Kathleen Kenyon antes de la guerra árabe-israelí de 1967.

De haber habido un reino davídico-salomónico éste habría sido más bien un pequeño cacicazgo de escaso territorio e influencia, creen buena parte de los expertos, incluidos aquellos que conservan su fe en la historicidad del texto bíblico como el prominente arqueólogo Amihai Mazar.

Una inscripción que data de la última mitad del siglo IX a.C. hallada en Tel Dan en el verano de 1993 es la única mención extrabíblica que existe de la “Casa de David”, que permitiría confirmar

la existencia histórica del fundador de la dinastía judaíta si se probara su, por ahora discutida, autenticidad.

¿DE QUÉ BIBLIA HABLAMOS?

Durante milenios se dio por cierto que los autores de los textos bíblicos eran una especie de cronistas que narraban los hechos poco después de que ocurrían.

A finales del siglo XIX el catedrático alemán Julius Wellhausen echó por tierra esta visión cuando a través del análisis literario crítico consiguió diferenciar cuatro fuentes distintas en estilo, vocabulario y contenido para los cuatro primeros libros de la Biblia. Algunas de ellas, las más antiguas, fueron fechadas por Wellhausen y su Hipótesis Documental en el siglo X a.C., mientras que otras las situó en el siglo V a.C. Así el Génesis, Éxodo y Números, por ejemplo, serían mezclas de compilaciones antiguas y más recientes.

“No tenemos evidencias de la existencia real de reyes llamados Saúl, David o Salomón ni de ningún templo en Jerusalén en este periodo”, según Th. F. Thompson.

del segundo milenio y los iniciales del primero, según la Biblia.

Pero “no existe evidencia alguna de una Monarquía Unida, ni de una capital en Jerusalén, ni de ninguna fuerza política unificada coherente que dominara la Palestina occidental”, dice Thomas F. Thompson, catedrático de Estudios Bíblicos en la Universidad de Copenhague y uno de los mayores exponentes de la nueva visión de la Biblia.

“No tenemos evidencias de la existencia real de reyes llamados Saúl, David o Salomón ni de ningún templo en Jerusalén en este periodo. Y lo que sabemos de Israel y Judá del siglo X a.C. no nos permite interpretar esta falta de evidencia como un vacío en nuestro conocimiento e información sobre el pasado, un mero resultado de la naturaleza accidental de la arqueología. No hay espacio ni contexto, artefacto o archivo que apunte a las rea-

Los estudios sobre la introducción de la escritura obligaron a datar con posterioridad los textos reputados como más antiguos. Aunque la escritura alfabética “maduró y cristalizó en Fenicia a finales del siglo XI y principios del X a.C. y

desde esta región se difundió a Siria y Palestina durante el siglo IX”, “ninguna inscripción alfabética ha sido descubierta en los territorios de Israel o Judá anterior al siglo VIII”, explica Na’aman.

Es en el siglo VII cuando la escritura alfabética se difunde, por lo que no resultaría plausible suponer que se compusieran textos con anterioridad. Esto coloca a los autores a muchos siglos de las fechas en que, supuestamente, acontecieron los hechos que narran, con el agravante de que como fuentes sólo pudieron haber tenido tradiciones orales.

Pero, ¿tenemos esos textos originales en alguna parte? Nada de eso. Los textos bíblicos fueron escritos y reescritos ininidad de veces, censurados, copiados y editados por decenas de generaciones. De las copias de la Antigüedad no quedan más testimonios que las versiones parciales encontradas en los Rollos del Mar Muerto (del 200 a.C. al 100 EC) y en los Papiros Nash del 150 a.C. Fuera de esto, los textos bíblicos completos (los llamados “estándar”) más antiguos que existen son una versión masorética del siglo XI de nuestra era (1088) que se conserva en la Biblioteca Pública de San Petersburgo y el Códice de Alepo, una copia anterior, de la primera mitad del siglo X que se encuentra en Jerusalén.

Los textos parciales de los primeros siglos de la era cristiana demuestran que, en varias épocas, coexistieron distintas versiones de los mismos libros hasta que sólo sobrevivió uno de ellos y los demás fueron eliminados en un largo proceso de criba llevado a cabo por sucesivas generaciones.

Hoy se tiende a creer que la mayoría de los textos bíblicos fueron escritos originariamente en la llamada época persa, tras el regreso de los israelitas del exilio en Babilonia (538-332 a.C.). Otros estudiosos datan hipotéticamente los textos originarios en épocas aún posteriores, hacia la época helenística (siglos III y II a.C.).

Los textos bíblicos completos (los llamados “estándar”) más antiguos que existen son una versión masorética del siglo XI de nuestra era que se conserva en la Biblioteca Pública de San Petersburgo y el Códice de Alepo, una copia anterior, de la primera mitad del siglo X que se encuentra en Jerusalén.

Entre los Rollos de Qumran, pertenecientes a una comunidad de disidentes esenios a orillas del Mar Muerto, “hay al menos cuatro ediciones de los libros de Éxodo y Números y gran variedad de volúmenes del Deuteronomio y dos o más versiones de los Salmos”, dice Eugene Ulrich, profesor de escritura hebrea de la Universidad de Notre Dame y editor de los 127 rollos de las comunidades esenias.

Los Rollos mostraron, además, que a lo largo de siglos prácticamente todos los libros de la Biblia fueron intencionadamente cambiados. “Los escribas —explica Ulrich— expandieron creativamente la Biblia y la rehicieron para ajustarla a las nuevas necesidades que las sucesivas comunidades experimentaron a través de las vicisitudes de la historia. Incorporaron materiales que, creyeron, podían aclarar o aguzar algunos puntos a los lectores. Los elementos de la actualidad —políticos, económicos o sociales— proveyeron los catalizadores para cada nueva versión”.

Hoy se tiende a creer que la mayoría de los textos bíblicos fueron escritos originariamente en la llamada época persa, tras el regreso de los israelitas del exilio en Babilonia (538-332 a.C.). Otros estudiosos datan hipotéticamente los textos originarios en épocas aún posteriores, hacia la época helenística (siglos III y II a.C.), cuando el concepto de Israel con una identidad étnica y religiosa definida emergió finalmente bajo los Macabeos, como sostiene Davies.

Finkelstein tiene una explicación que parece más ajustada. Hasta el 720 a.C. el reino norteño de Israel con capital en Samaria era un Estado poderoso y rico, a diferencia del de Judá, al sur, con capital en Jerusalén, muy pobre y aislado, que ni siquiera había desarrollado las características de un Estado con su organización administrativa. En esa fecha

Israel desaparece arrasado por los asirios y gran parte de sus habitantes son desterrados a la Mesopotamia, mientras que otros pueblos del imperio son obligados a asentarse en Samaria. Judá recibe súbitamente gran cantidad de refugiados del norte, de manera que en pocos años creció demográficamente unas quince veces.

El rey Ezequías (716-687 a.C.) realiza una primera reforma religiosa respaldado por miembros del movimiento que los historiadores actuales han bautizado “Sólo Yavé”, en contra de los cultos ancestrales politeístas de los judaítas. Su prédica no era únicamente religiosa: la desaparición de Israel permite a Ezequías amasar sueños de crear un reino que abarcara a todos los israelitas con capital en Jerusalén, con su templo y con la dinastía judaíta del linaje de David al frente de todo.

El nuevo monarca aprende la dura lección y consigue insertar a Judá en el esquema económico del imperio asirio, al tiempo que practica una pragmática obediencia a sus amos de Nínive. Esto le asegurará no sólo un reinado en paz sino que brindará a Judá una época de inédita prosperidad gracias, sobre todo, a su cotizada producción de aceite de oliva y de vino.

Pero tres años después de la muerte de Manasé, la clase sacerdotal vuelve a las andadas: consigue coronar a su hijo Josías, un niño de ocho años de edad, destinado a cumplir un papel mesiánico como “restaurador” (en realidad, instaurador) de un nuevo enfoque religioso.

En el año 18º del reinado de Josías, dice la *Biblia*, se encontró “casualmente” un libro desconocido en el

Templo. Hoy se cree que era el Deuteronomio, un minucioso conjunto de normas de vida y de creencias, “La Ley” para los judíos, que Josías hace leer en voz alta a todo el pueblo de Judá.

El *Deuteronomio*

probablemente fue escrito en tiempos de Josías: las formas literarias de la Alianza entre Yavé y el pueblo de Israel son sorprendentemente similares a los tratados con sus vasallos firmados por los asirios en el siglo VII, es decir en tiempos de Josías. El rey y el clero establecen férreamente la nueva ortodoxia monoteísta y combaten con ferocidad los cultos que compiten con el de Yavé, exterminando a sus sacerdotes, nigromantes y adivinos y destruyendo sus imágenes y objetos sagrados.

En los últimos años del siglo VII los asirios entran en una rápida decadencia y se ven obligados a abandonar Egipto y Canaán con lo que dejan esta tierra a merced de los egipcios.

La operación aparece como un milagro para los israelitas, siempre prestos a interpretaciones sobrenaturales de los hechos más lógicos. Los ejércitos de los faraones están interesados sólo en la costa de Canaán, el otrora poderoso reino de Israel al norte no existe, de manera que parece abierto el camino para la realización de las ambiciones judaítas: expandirse hacia el norte, conquistar los territorios del antiguo reino norteño, centralizar el culto y establecer un gran Estado panisraelita.

“Este ambicioso plan requería una propaganda poderosa y activa. El libro del *Deuteronomio* establecía la unidad del pueblo de Israel y la centralidad de su lugar de culto nacional. Pero fue la *Historia Deuteronomísta*

La arqueología ha arrojado suficientes evidencias de que en el siglo VII se produjo una espectacular difusión del alfabetismo en Judá, lo que respalda la hipótesis de que fue ésta la época más indicada para poner por escrito la mítica historia del pueblo de Israel.

Los sacerdotes y profetas de “Sólo Yavé” predicaban que las desgracias de los hebreos eran debidas exclusivamente a su infidelidad a Yavé y a su debilidad por postrarse ante otros dioses y hacerles sacrificios, como machaconamente se insiste en la Biblia. De manera que las severas reformas de Ezequías auguran un futuro venturoso para Judá.

Pero el rey se equivoca políticamente: intenta aliarse con los egipcios para sacudirse el yugo del imperio mesopotámico, ante lo cual el rey asirio Senaquerib realiza una campaña brutal de aniquilación de las zonas rurales de Judá, arrasa la próspera ciudad de Lakish — la segunda en importancia— y la incendia hasta los cimientos, mete en una jaula a Ezequías y le obliga a pagar fuertes tributos al tiempo que despoja a Judá de importantes tierras agrícolas.

Una de las consecuencias de este catástrofe fue el descrédito de los profetas monoteístas. Los hebreos regresaron ostensiblemente a sus cultos ancestrales politeístas bajo el reinado de Manasé, el hijo de Ezequías, que le sucede.



© 2002 MICROSOFT CORPORATION

ca (Josué, Jueces, Samuel y Reyes) y partes del Pentateuco las que crearían una saga épica para expresar el poder y la pasión de los sueños de un Judá resurgente. Ésta es la presumible razón por la cual los autores de la Historia Deuteronomica y partes del Pentateuco reunieron y reelaboraron las más preciosas tradiciones del pueblo de Israel: reforzar la nación para gran lucha nacional que tenían por delante”, dice Finkelstein.

La arqueología ha arrojado suficientes evidencias de que en el siglo VII se produjo una espectacular difusión del alfabetismo en Judá, lo que respalda la hipótesis de que fue ésta la época más indicada para poner por escrito la mítica historia del pueblo de Israel.

LA TEOLOGÍA Y LA HISTORIA

Recientemente, durante una conferencia de la Universidad Ben Gurion de Beersheva, Israel, titulada *El Período Bíblico, ¿ha desaparecido?* se escuchó la voz angustiada de un oyente que dijo: “Si la existencia de Abraham, Isaac, Jacob, Moisés y David no está probada, ¿cómo se supone que podré yo vivir con eso?”.

Muchos creyentes ven en el trabajo de los arqueólogos un atentado contra las bases mismas de su propia identidad. “Parte de la sociedad israelí está lista para reconocer la injusticia cometida con los habitantes del país y está dispuesta a aceptar el principio de igualdad de derechos para las mujeres, pero se niega a asumir

unos hechos de la arqueología que echan por tierra el mito bíblico”, dice Herzog.

Los científicos revisionistas están muy lejos de formar una conspiración demoníaca o de intentar resquebrajar las bases y fundamentos de la condición judía o de la cristiana. Buscan como cualquier científico descubrir la verdad de la Biblia como documento histórico, sin cuestionar para nada sus valores teológicos, filosóficos, morales, literarios, étnicos ni negar la enorme importancia que ha tenido el Libro de los Libros en la formación de la identidad judía y de las tres grandes religiones monoteístas de los últimos 2.500 años, sean sus narraciones preponderantemente verídicas o fantásticas.

“Los escritores de la Biblia no fueron historiadores fracasados sino que no estaban en absoluto interesados en ofrecernos nada que se pareciese a un informe histórico del pasado. Escribieron por otras razones y usaron la historia como vehículo para su mensaje”, dice Lemche. Y añade que los hombres del siglo XXI deberían recordar que los escribas de la Antigüedad no escribieron para ellos sino para su audiencia contemporánea. “Siguieron las expectativas morales y estéticas de su tiempo: seguramente no tenían idea de las reglas que gobiernan los estudios e intereses históricos modernos”.

“La palabra *historia* —subraya Thompson— ni siquiera existe en hebreo”. **é**

BIBLIOGRAFÍA

Israel Finkelstein & Nadav Na'aman: *From Nomadism to Monarchy. Archaeological & Historical Aspects of Early Israel*. Yad Izhak Ben-Zvi, Jerusalem, 1994.

Israel Finkelstein & Neil Asher Silberman: *The Bible Unearthed. Archaeology's New Vision of Ancient Israel and the Origin of Its Sacred Texts*. The Free Press. New York, 2001.

Niels Peter Lemche: *Prelude to Israel's Past. Background and beginnings of Israelite History and Identity*. Hendrickson Publishers, 1998

Eugene Ulrich: *The Dead Sea Scrolls and the Origins of the Bible (Studies in the Dead Sea Scrolls and Related Literature)*. Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1999

Thomas L. Thompson: *The Historicity of the Patriarchal Narratives. The Quest for the Historical Abraham*. Walter de Gruyter Inc., 1974.

Tomas L. Thompson: *The Mythic Past. Biblical Archaeology and the Myth of Israel*. Jonathan Cape. London, 1999.

Thomas L Thompson: *Early History of the Israelite People. From the Written and Archaeological Sources*. Brill Academic Publishers Inc. New York, 2000.

Amy Dockser Marcus: *The View from Nebo. How Archaeology is Rewriting the Bible and Reshaping the Middle East*. Little, Brown and Company, Boston, 2000.

Rapahel Patai: *The Hebrew Goddess*. Wayne State University Press. Detroit, 1990.

J. Alberto Soggin: *Nueva historia de Israel*. Desclée de Brouwer, Bilbao, 1999.

Philip Davies: *What separates a Minimalist from a Maximalist? Not much*. In *Biblical Archaeology Review*, March/April, 2000, vol 26, nº 2, Washington D.C.

William G. Dever: *Save us from Postmodern Malarkey*. En *Biblical Archaeology Review*, March/April, 2000, vol 26, nº 2, Washington D.C.

William G. Dever: *Recent Archaeological Discoveries and Biblical Research*, University of Washington Press, 1990.

Ze'ev Herzog: *Deconstructing the walls of Jericho*. En *Ha'aretz*, Oct. 29, 1999.